

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

NUESTROS ODIOS

No odiamos a la religión. Hay entre nosotros quien no siente aspiración alguna religiosa; hay quien tiene el sentimiento religioso profundo y arraigado. Unos y otros, sin embargo, coincidimos en nuestros odios. Odiamos al fanatismo bárbaro, la superstición ridícula, la hipocresía menguada, la credulidad estúpida, la intolerancia soberbia, la creencia que se impone, la devoción que calcula, la fe que negocia, la piedad que miente y engaña. Odiamos al sectario, al publicano, al fariseo, al que finge la fe que no tiene, al que mata en nombre de Cristo, al que hace de Dios granjería, al que toma el sacerdocio por oficio, al que aborrece de muerte a quienes con él no comulgan, al político corrompido y escéptico que profana la religión trocándola en instrumento de gobierno. A la gran masa crédula y confiada, a esa no la odiamos; nos da lástima. La religión de los que de entre nosotros la tienen es demasiado alta, su Dios es demasiado grande para que pueda caber en ninguna de las comuniones positivas. El principio absoluto de las cosas, el Eterno, el Infinito, el Inmutable, no es el Dios de las religiones históricas. Leyendas candorosas de humanidad infantil, todas ellas necesariamente adolecen de idolatría.

No esquivamos el imperio de la moral. La vida de muchos de entre nosotros da de ello claro testimonio. Una de las más socorridas martingalas del fariseísmo consiste en declarar a la moralidad patrimonio exclusivo del creyente, como si tuviera algo que ver el bien obrar con la fe en la Trinidad o en la Eucaristía. En teoría nuestra moral es más pura que la católica. Manda hacer el bien por el bien mismo; no especula con Dios ni demanda premio, ni tiene castigo; pone en la conciencia su norma y no en la autoridad; cifra la santificación en las obras y no en los sacramentos. En la práctica podemos ofrecer modelos de austeridad que las religiones no engendran. Pero odiamos al misticismo necio, que descarría la vida y hace agravio al sentido común; odiamos al criterio parcial y sectario, para el que todo es virtud en el adepto y todo vicio en el disidente, odiamos a la gazmoñería que remeda a la virtud como la máscara al semblante; odiamos la falsía de los que, en materias éticas, traigan el camello y cuelan el mosquito.

No somos enemigos de la patria. Es esta otra de las calumnias que suelen con más frecuencia esgrimirse contra nosotros. Acusamos a nuestro país y en su servicio defendemos, con consecuencia insuperable, a prueba de desengaños, los ideales políticos que juzgamos para él salvadores. Queremos una España grande, fuerte, rica, culta, feliz, digno órgano de la humanidad, cooperadora eficaz en la obra de la civilización. Por eso combatimos con saña todo lo que contribuye a embrutecerla, empobrecerla y degradarla. Odiamos si a la patriotería gárrula, que tiene siempre en los labios el nombre de la patria y el egoísmo en el corazón, al jingoísmo imbécil a cuyos ojos es bueno todo lo propio y malo todo lo ajeno, a la lisonja corruptora que disfraya y oculta la amarga pero saludable verdad, al espíritu atávico que se obstina loca y tercamente en resucitar lo pasado, al misonismo estrecho que prefiere la muerte al movimiento, al pseudo patriotismo que hace su negocio.

No aborrecemos al Estado. Aborrecemos a la tiranía, la vinculación del poder, la burocracia, el caciquismo, la mentira representativa. Aborrecemos a un parlamentarismo viciado que da el triunfo a los ligeros de lengua. Aborrecemos a una organización que practica la selección de los peores y reduce a los mejores a la nulidad y a la impotencia. Aborrecemos a esas bandas, sin principios ni ideales, remedos ridículos de partidos, que nada tienen que ver con la opinión ni responden a aspiración alguna del país, a quien tiranizan y explotan. Aborrecemos al Estado de clase que administra privilegio en vez de administrar justicia. Execramos la *amoralidad* de ese ente colectivo que se permite todos los excesos, sin dejar de decirse por ello órgano y dispensador del derecho. Soñamos con un Estado educador de los incultos, amparador de los menesterosos, emancipador de los oprimidos, látigo de los soberbios y cuchilla de los malvados.

Amamos la familia. La queremos dignificada,

ennoblecida por la libertad. Queremos elevar la condición moral y material de la mujer, redimirla de la ignorancia y de la dependencia económica, a fin de que nunca sea para ella el matrimonio necesidad que se acepta, carrera que se sigue, verdadera prostitución legal. Queremos que el vínculo matrimonial sea siempre libre y nunca impuesto por la fuerza. Queremos que la patria potestad sea función tutelar, no despotismo y tiranía. Queremos que no pueda el padre oponer su veto a la educación de los hijos, entregando así a la sociedad bestias en vez de hombres. Queremos que la ilegitimidad no perjudique al hijo inocente. Abominamos de todo cuanto, en las costumbres o en las leyes, impide el logro de eso que queremos.

No combatimos la propiedad. Quisiéramos generalizarla. Quisiéramos que nadie de ella estuviese privado. Execramos un orden social en que la adquisición de la riqueza no guarda relación alguna con la capacidad, con el mérito, con los esfuerzos, con los servicios, con las necesidades del que la adquiere. Aborrecemos todos los medios, legales o ilegales, de enriquecerse a costa ajena. Menospreciamos a los zánganos de la colmena social, que consumen en el lujo o en el vicio sumas que bastarían a sustentar la vida y hacer la dicha de los indigentes. Odiamos al explotador, al parásito, al latifundista, al egoísta, al usurero. Los ladrones a quienes el Código no alcanza, no nos parecen menos sino más odiosos que aquellos a quienes los tribunales castigan. Juzgamos la adulteración de los alimentos tan punible como el robo y el homicidio. No estimamos al egoísmo desatentado y ciego compatible con la honradez.

Tales son, en suma, nuestros odios. ¿No hay en ello todo un programa?

ALFREDO CALDERÓN

AIRES MURCIANOS

EL SACRIFICIO

Vengo de misa y traigo un desconuelo!... La ha dicho el zagalico del tío Juan: aquel que de pequeño era tan diablo y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura, y, quieras que no quieras, no hubo más: sin vocación el pobre José Antonio dobló la frente y se dejó llevar

como una res mansica que al matadero va!

Al cabo de los años vuelve ahora al lugar y da pena de verlo tan serio y tan formal.

.....
Fué novio de Rosario, la nena del tío Blas... aquella tan bonica

que era un ángel de Dios... No se verá novijaje como aquél... ¡Era un cariño ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día no podían pasar

sin mirarse a ratos dende lejos, ¡sin hartarse jamás!

en la güerta, en la calle y en la plaza, ¡pa ellos tóico era igual!

¡y en la iglesia! ¡los ojos no ponían ni siquiera una vez en el altar! A ella, cuando iba, la veías siempre al pie del Nazareno embelesá mirando a José Antonio... ¡José Antonio mirándola enfrentico sin parar!

.....
Poco después de que él cantara misa, la pobre, sin saberse de qué mal, murió como quien no tiene en el mundo ya náica que esperar!

.....
No hay mayor sacrificio que el que ha hecho ese zagal.

Al dar la bendición hoy en la misa, miró pal Nazareno con afán como en tiempos miraba... y cual si viera enfrente a Rosarico embelesá mirándolo entavía,

no pudo resistir y echó a llorar!

VICENTE MEDINA

En los pasillos del Congreso.

—Pero qué fortaleza la de D. Práxedes! ¡Qué hombre! ¡Qué monstruo! Parece que por él no pasan los años. ¡Qué bien habla! ¡Qué bien conjuga los verbos! ¡Qué gracia cuando se sonríe! ¡Qué miedo cuando amenaza! Le digo a usted que da gusto oírle. ¡Está lo mismo que el año 68! Lo digo y lo repito: mientras viva D. Práxedes habrá partido liberal. Amigo Quisquillas, tenemos un jefe que no nos lo merecemos.

—Y que lo diga usted, amigo Percebe.

—¿Ha oído usted a Sagasta?

—Con gran dificultad, porque como habla tan bajo...

—¡Ah! ¡usted también es de los que creen que ha perdido la voz?

—Hombre, yo...

—¿Me dará usted una satisfacción! ¡Decir que no se oye a D. Práxedes, cuando canta mejor que la Fons. ¡Insolente!

—¿Qué quiere usted, yo opino mal de ese matrimonio, amigo Congénito; porque aquí la cuestión está en saber quién de los dos va a llevar los pantalones. ¡Silvela o Maura?

—Quizás ninguno de los dos... Villaverde.

—¿Y perdió usted mucho?

—¡Pchs! Poca cosa. Cuatro mil pesetas. ¡El monte es tan traicionero!

—¡Chis! ¡Baje usted la voz, que pasa Suárez Inclán, y delante de él no se puede hablar de ninguna clase de montes!

—¿Qué le ha parecido a usted Romero?

—Muy bien de palabra. ¡Eso de comparar a Sagasta con el conde duque de Olivares me ha gustado mucho! Pero, ¡ay, amigo mío! a Romero, como antaño a Villaverde, se le ha visto la creencial.

—¿Qué credencial?

—Una en blanco. ¡La de ministro de la Gobernación!

—¿Viene usted del salón de sesiones?

—Sí, de allí vengo.

—¿Y qué ocurre?

—Que hablan a un mismo tiempo Navarro Reverter y todos los diputados que hay en la Cámara.

—¡Oh, poder de la elocuencia!

—¡Admirable!

—¡Sublime!

—¡Vaya un discurso!

—¡Eso es hablar!

—¿Qué talento tiene ese hombre!

—¡De primera clase!

—Y se ha declarado jefe de partido.

—Ya era hora.

—Pero es lástima; Canalejas es una esperanza que nunca llega a realidad.

—Calle usted, que viene Texi.

—Ya sabrá usted que han hecho académico a Villaverde.

—¡Me alegro! Es obra de justicia. Villaverde es la primera lengua de España.

—¿Y cómo dice usted que llaman al nuevo ministerio?

—El ministerio de las *Malas herencias*.

—¿Cómo se dice, *iaftadavit* ó *affanavit*?

—De las dos maneras.

A la puerta del W. C.

—Pero cuánto tarda en salir ese hombre! —¡Ah! ¡Pero está ahí Montilla! Pues ya tiene usted para rato. ¡Se habrá dormido sobre sus laureles!

EN EL CAMINO

A través de los campos caminaba rodeado de sombras. Abismado en mis propias ideas hablé inconscientemente en alta voz.

—¿Cuándo saldrá el obrero de su miseria?— pregunté como si interrogara a las sombras si nuestras del camino.

Entonces presentóse a mi vista un anciano de extraño aspecto. Llevaba un vestido mezcla de campesino y burgués. En sus manos agitaba un bastón nudoso. Me miró fijamente: la barba blanca le temblaba de cólera.

—Miserable—intrepóme—; la obra de la regeneración social no puede ser la de un grupo egoísta. La emancipación del obrero manual no es la emancipación de los que sufren. ¿Desde cuándo propósitos, medios y fines parciales bastan a realizar una obra total?

Salió la luna de entre las negras nubes, y el colérico viejo dijo: Mira.

Ví entonces las tierras en barbecho, los montes despoblados y dos ó tres tugurios abandonados y medio derruidos.

Los campos estaban recubiertos de hierbas dañosas. En la sombra lanzaba el buho su estridente grito.

—Todo es desolación y miseria ¿lo ves?—siguió el extraño fantasma—. Pues bien; de aquí, de los campos, de los barbechos, de los eriales surgirá el huracán que os barrerá, miserables hipócritas.

El problema social es aquí el problema de los que se encorvan sobre la ingrata tierra; y ese problema cuya solución todos esperan, se empuñe allí.

Entonces el anciano señaló con la amenazadora mano a un punto que en el horizonte resplandecía con fulgor rojizo.

Era la gran ciudad.

—¡Goza—dijo balbuciente el andrajoso profeta—; goza, desvergonzada meretriz! Pronto se hará la justicia social y caerás en el fango y en el desprecio de tus mismos hijos.

La sombra de su mano se agitaba en el claro de luna, huestada y gigantesca.

Me miró con desprecio y siguió su camino.

Entonces me di cuenta de todo.

¡Pobre loco!—exclamé.

Y apreté el paso a fin de llegar cuanto antes a la ciudad para asistir a la sesión de *El Reflejo*, sociedad creada para promover la emancipación de los limpiabotas.

CARLOS CRISTIAN

LA CONFESIÓN

Felices y enamorados como en sus mejores tiempos, doña Blasa y don Tiburcio, que eran de esposos modelos, el año cincuenta y tantos de este siglo de progreso, tranquilamente vivían con su próspero comercio de pieles de todas clases, en un establecimiento de la calle Mayor, casa fundada por sus abuelos en el aciago año mismo que nació Fernando séptimo.

Tratado como individuo de la familia, con ellos vivía el leal dependiente Hermenegildo Recuero, que en treinta años de trabajo, cooperando al feliz éxito de la industria peletera, se unió con lazos estrechos de amistad y de cariño a los venturosos dueños.

De tan larga y buena vida año tras año corriendo, llegó el del aniversario del dichoso casamiento de los dos *peludos* conyuges, y por ser el quincuagésimo, caso no frecuente y siempre notable acontecimiento, don Tiburcio y doña Blasa celebrarlo decidieron con un banquete, opinando a fuer de cristianos viejos que para estar bien con Dios y cumplir con los preceptos de la santa madre iglesia, con todo recogimiento debían los tres confesándose solemnizar el suceso.



Doña Práxedes.—¡Niños al hemicielo!



Rodríguez, Suárez Inclán y Montuola.—¿Pero por qué nos habrá llamado Romero desgraciados?

LA EDUCACION RELIGIOSA



El Niño.—Abuelo ¿qué monte es ese?

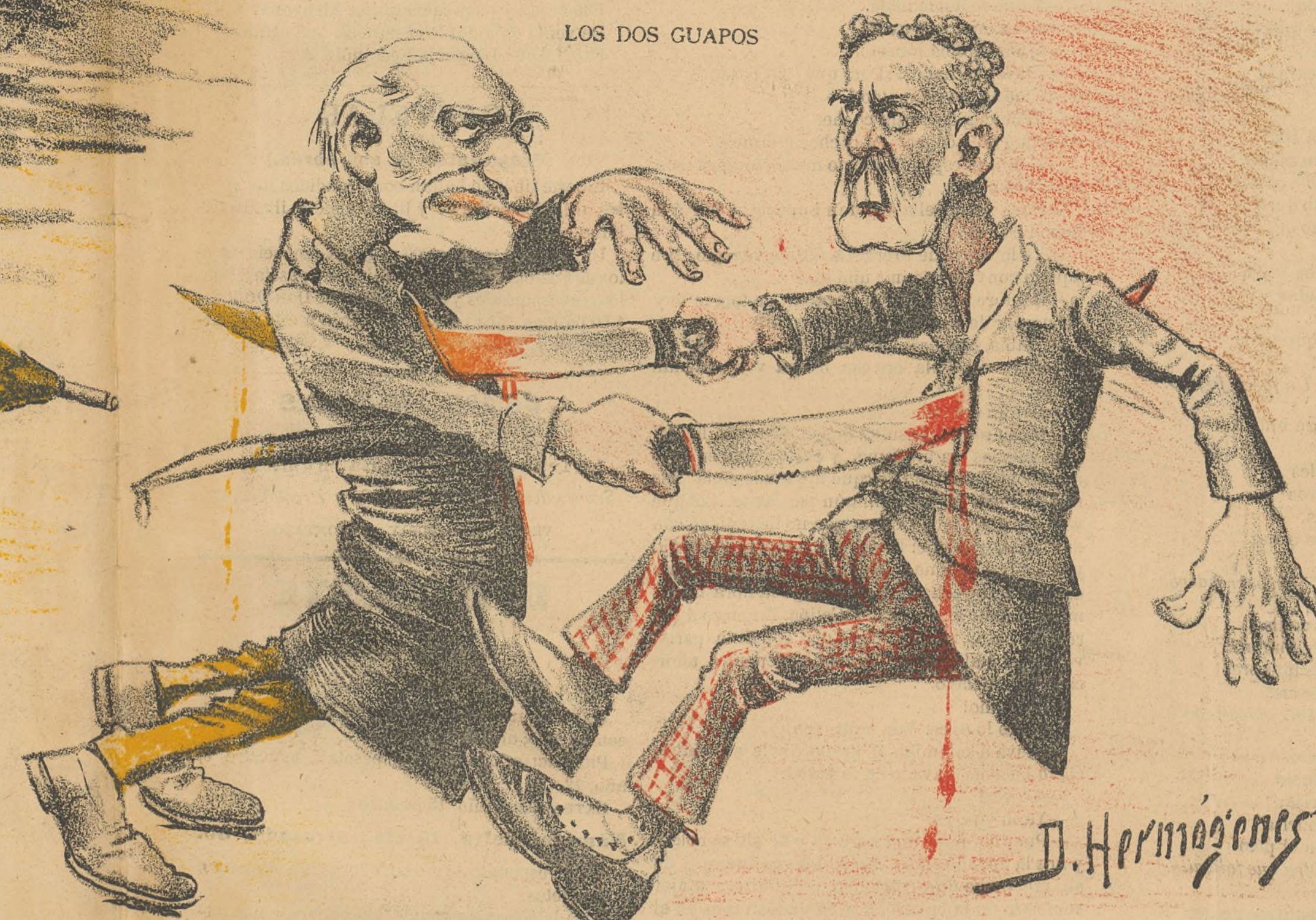
Don Práxedes.—El monte Montuola, un monte muy peligroso, donde murió Suárez Inclán.

ESCOLAPIOS DE VALENCIA

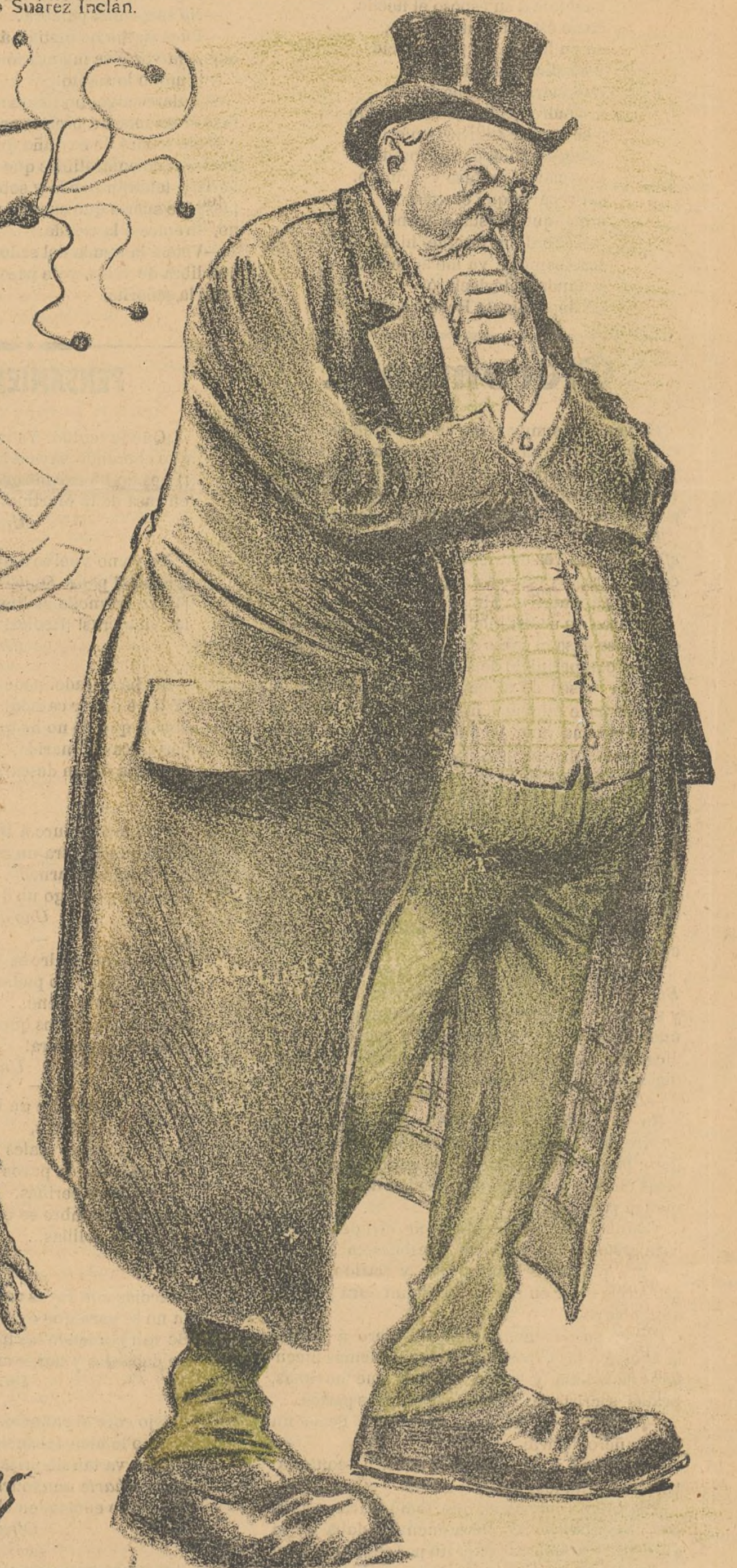


—¡Dejad que los niños vengan a mí!

LOS DOS GUAPOS



Dos muertos y ningún difunto.



Barro reflexionando.—¡Yo no sé por qué se queja la prensa de la poca actividad de la policía. ¡No sé que más quiere! ¡Precisamente ayer me han dado parte del asesinato de Prim! Con que mayor celo!...



¡Adios, válido!
(Parodia del cuadro de Velázquez, 'Retrato del Conde-Duque de Olivares'.)

Sagasta.—Mira, Segis; mira la nube de que hablan las oposiciones.
Moret.—¡Que negra!
Sagasta.—¡Y amenaza estallar sobre nuestras cabezas!
Moret.—¡Sí, pero verá usted como no estalla!

Aplaudido y aprobado el místico pensamiento, á la siguiente mañana muy tempranito salieron nuestros tres buenos amigos, encaminándose al templo parroquial de San Ginés, en el que pronto se vieron.

Por ser tan madrugadores sólo hallaron en su puesto á un clérigo viejecito, y el primer turno cediendo á doña Blasa, ésta al punto, con paso breve y ligero, al confesonario llega, se arrodilla, y tras los previos ceremoniales del acto, empezó á aliviar su pecho de la vergonzosa carga que unos más, los otros menos, todos vamos por el mundo, diariamente recogiendo.

Larga era la relación de doña Blasa, y el bueno del confesor, que sin duda estaba falto de sueño, dejando caer la cabeza, y dando un ronquido luego, le hizo ver á doña Blasa que estaba perdiendo el tiempo.

Levántase enfurecida, cuéntale á su esposo el hecho, corre éste al confesonario, da en la reja un golpe recio, y así dice á media voz, dominar su ira queriendo:

—Padre, padre, ¿está dormido ó se ha puesto usted enfermo?

Despierta el cura azorado, y exclama confuso y trémulo, sin reparar que el esposo era el que le estaba oyendo:

—Perdona y sigue, hija mía;

«estábamos... ya me acuerdo,

cuando se te declaró

del dependiente Recuero.»

Cloromanía.

Se ven cosas muy raras en este mundo.

Hay quien ha nacido para estanco y se empuña sin embargo en que ha de inventar una máquina para hacer estera de cordelillo y otra para rascarse la espalda, sin ayuda de nadie.

Hay quien tiene una voz lindísima de tiple *sfogato*, y en vez de meterse á cantor de iglesia, coge los trastos y se va á la plaza del Puente de Vallecas á matar novillos.

Conozco un sujeto que quiere ser tenor á toda costa y se pasa el santo día de Dios cantando zarzuelas, con perjuicio de su salud.

En su deseo de atacar las notas agudas, el hombre hace esfuerzos inauditos; y el otro día se le rompió una vena del cuello al dar un si natural y se le soltaron todos los botones del pantalón delante de unas señoras.

Ahora se dice que un simpático banderillero está á punto de abrazar el estado eclesiástico, substituyendo por la corona la clásica coleta.

Siempre había tenido nuestro torero tendencias eclesiásticas y se observaba que al citar al toro para la suerte, decía con religioso acento:

—*Oremus*—y después le clavaba las banderillas en cualquier parte.

Jamás pisó el redondel sin saludar antes al *Buñolero* con las palabras del ángel: *Ace-Maria*; y si tenía que hacer un quite, se santiguaba con una mano, y con la otra echaba bendiciones á diestro y siniestro. Después extendía el trapo, diciendo fervorosamente:

—*Dóminus tobiscum*.

En su afición á las cosas sagradas, llamaba *aeólitos* á los monos sabios y confesor al puntillero; para él, las banderillas eran hisopos; las picas cirios y el presidente pendón de cofradía ó manga parroquial.

¡Cuántas veces se le oía decir, dirigiéndose al cornúpeto: «Anda, embiste, presbítero!»

Y era que, al verle tan gordo y vestido de negro, creía estar en presencia de un cura párroco amigo suyo.

Poco á poco comenzó el banderillero á perder la afición á las tripas, mondongos y demás incentivos de la lidia, y ya no vió más que novenas, beatas, sacristanes y bonetes por todas partes.

—¡Vienes á echar unas copas?—le decía un compañero de arte.

—No; voy á echar un Padre nuestro—contestaba él, agarrándose al escapulario.

A la última corrida en que tomó parte, asistió por compromiso. Su pensamiento estaba en la sacristía, y al querer poner un par sesgando á un berrendo del duque, por poco se lo pone á un municipal que estaba en la barrera, sólo porque le oyó echar un tacho.

A la vuelta de dos ó tres años, el diestro figurará entre los más doctos canónigos ó entre los sufragáneos más aplaudidos. Y será de ver cómo

echa la bendición dando las tablas al feligrés ó quebrando en la cabeza de la devota.

Como por desgracia hay pocos curas en este país, todo lo que sea aumentar brazos para cultivar la viña del Señor y sacar almas del purgatorio, es siempre conveniente para el vecindario. ¡Cuántas veces anda uno buscando quien le diga una misa por dos pesetas á ver si sale del purgatorio algún amigo difunto, y no parece un clérigo disponible!

Siguiendo el santo ejemplo del joven taurino, muchos otros jóvenes se dedicarán á eclesiásticos, y dará gusto ver esas calles llenas de sombreros de teja.

Habrán quien sea corista y además sacerdote, porque todo puede hacerse compatible en este mundo, y no ha de faltar algún sujeto que por la mañana diga misa y por la noche cante pene-ras en el café de la Marina.

Por más que algunos digan lo contrario, hay mucha gente religiosa en este país y el número de presbíteros va aumentando de día en día. Yo tuve un amigo que era tenor cómico, y se escapó á Lima con un traspunte. Allí se les formó causa por escándalo público y por desaparición de un pañuelo de alfombra, perteneciente á una pupilera.

Pues bien: el jueves me encontré al tenor cómico en la calle de Carretas, con traje talar, y al verme me dijo:

—Aquí me tienes otra vez en clase de clérigo. —No sabía una palabra.

—Pues sí; me he metido á esto porque se me acabó la voz y se me murió el traspunte.

—¡Cuánto lo siento!

Si quieres algo, no tienes más que avisarme, y te diré las misas á precios arreglados.

Nada tendrá de extraño que más adelante haya tenderos de comestibles que además sean presbíteros; y tendrán tienda y sobrepezz, todo en una pieza; de suerte que cuando nos haga falta algo no, diremos á la criada:

—Vete á la tienda del señor Juan y que te dé una libra de velas, y de paso que venga á confesar á la señorita.

LUIS TABOADA

PENSAMIENTOS

¡Qué juventud! Ya me explico que el mundo vaya á la ruina. ¡Pues no he encontrado á mi chico en casa de la Martina!

Un señor formal.

Yo ya no vuelvo á ayudar á misa al padre Quirós. ¡Vaya un modo de limpiar las vinajeras! ¡Rediós!

Un monago.

Me ha mirado. ¡Qué mirada! ¡Y debe de ser casada! Conste que yo no he querido perjudicar al marido; pero ella es tan descarada....

Un picarillo.

Pido medio duro á Blas como que es para un apuro, lo pongo á encarnado, y ¡zas! si viene, ya tengo un duro.

Uno que vive de eso.

¡Ay! Si mi madre se fuera de compras, y yo pudiera estar solo con Irene... ¡Vaya unos brazos que tiene la dichosa cocinera!

Un joven fogoso.

Como encuentre un billete de cinco duros, lo menos nueve reales me gasto en puros y uno en cerillas, porque el hombre se cansa de las colillas...

Un barrendero.

Medias con rayas azules, ya no sé para qué os compro. ¡Se van poniendo los hombres tan cobardes y tan sosos!

Una chica frágil.

Dejo caer el pañuelo, y como le alce del suelo ese que va tan de prisa, voy á echarle una sonrisa de las que encienden el pelo.

Otra que tal baila.

¡Qué escritorzuelos! ¡Qué gente! ¡La inspiración no es esclava! ¡El que es verdaderamente poeta, bebe aguardiente y jante todo, no se lava!

Un bohemio de ahora.

Si Pérez suelta un bastito pequeño, ¿qué hace González? Fallar. Mato con la espada. Doy en seguida un arrastre. Me asiste con el caballo, se desarma, ¿y de qué sale? Tiene que salir de copas... ¡Pues codillo impenible!

Un tresillista.

¡Qué es la vida? No lo sé. ¡El amor! Una boboda. ¡La virtud! ¡La ciencia! Nada. ¡Dios! Y si le hubiera, ¿qué?

Un poeta de primer año.

¡Esta ya es mucha cuestión! Que no hago más que salir y entrar en la Prevención. Y too, ¿por qué? Por decir: ¡viva la Constitución!

Un borracho.

Me voy inmediatamente, que hoy empieza el jubileo. No, y el párroco no es feo, y el teniente... ¡Oh! ¡El teniente!

Una beata.

SINESIO DELGADO

EL CLAVO

—¿Está Melchor? —Arriba está el pobrecico é mi amo llorando como una Magalena.

—Pues ¿qué pasa?

—¡Ay! ¡Conque no sabe usted lo que pasa?

—Como lo tengo é saber si vengo de Pedrola!

—Pues suba usted, suba usted, y verá lo que es güeno.

El forastero sube y se encuentra á su amigo Melchor hecho un mar de lágrimas.

—¿Se può entrar?

—¡Alante!

—Hola, Melchor, ¿qué tal?

—Estoy más amolao que pan pa migas.

—Pues, ¿qué te sucede, hombre? Yo venía á convidarte á una te.

—¡No quío te, ni café, ni nada!

—Hi llegao esta mañana de Pedrola á mercar un toino, mejorando lo presente y m'hi dicho, pues me voy á llegar á ver á Melchor, á ver si quío tomar una te conmigo.

—¡Que no quío!

—Pues ahí en el café de abajo dan unas tes muy buenas; conque dije yo, digo, me voy á buscar á Melchor pa convidalo á tomar una te.

—Mía que vas á ir por la ventana.

—Chico, ¿qué es eso? ¡Ocurre alguna novedad?

—¡No notas la falta é nadie?

—¡Ay, es verdad! ¡Cómo está la Celipa?

—Ya no le duele nada.

—¡S'ha muerto ú qué?

—Ojalá s'hubiá muerto.

—¡Otra que rediós! ¡Pues qué l'ha pasao?

—¡Qué se me ha matao!

—¡L'ha cogido algún coche?

—¡Qué ha é coger! ¡Pa coches estamos!

—Hombre, esplicotéate, no me corrompas más,

las cosas claras,

—Pues como ella era tan buenota y tan á la buena é Dios...

—Ya lo creo que lo era. La última vez que vine aquí la convidé á tomar una te...

—Hombre, moño, ¡quíes acabar de tomar te y oír un par de reales de conversación?

—¡Habla, hombre, habla!

—Pues como ella era tan buena y yo soy tan bruto...

—¡Y aún creces!

—¡Aguárdate! Resultó que el otro día la pidi unas medias pa mudame, y cuidao que en esto no incomodo mucho, porque me mudo cada seis meses. Pues no tenía ningún par lavao. Conque voy y le digo: mía, Celipa, que no tiés cuidao con mis cosas, y le dije: te voy á agarrar por el moño y vas á ir á la sima... ¡Qué le quise decir! Se me echó á florar, echa á correr, llega la hora de comer y échate á buscar á la Celipa. Empiezo á correr la casa; no me l'hallo por denguna parte; voy y subí al granero... y me la encuentro ahorcada de un clavo.

—¡Remoño!

—Como lo oyes. Ven aquí, ven.

Le lleva á su amigo al granero y le enseña un clavo enorme clavado en la pared.

—¡Lo ves?

—Ya lo veo, ya.

—Pues ahí puso una sogueta y de ahí se colgó, y nos la encontramos con la lengua fuera; y de ahí me tengo que colgar yo, porque otra mujer como esa no la hallaré, y m'hi quedao solo en el mundo por gritarla sin razón, porque me debían ahorear á mí; ¡ay, Dios mío, qué esgracia tan grande!

—¡Esgracia!

—¡A ver!

—¡Esgracia, eh? Eso sigün. Porque si tú supías lo que es mi mujer...

El forastero se queda mirando al clavo largo rato. Melchor le dice:

—¿Qué miras? ¿Qué estás pensando?

—¡Ay, Melchor, pienso... que quién tuví un clavico como ese!

EUSEBIO BLASCO

LIBROS

De un «tirón» he leído ayer el hermoso libro de Galdós, *Narvéz*, admirable estudio de época, que nos transporta á aquellos *felices* tiempos, tan parecidos á los de ahora, del *ministerio retámpago*, de Sor Patrocinio, y el P. Fulgencio.

Narvéz es uno de los libros más curiosos y más interesantes que ha escrito Galdós. Sus 345 páginas «saben á poco». ¡Da pena que se concluya el libro tan pronto!

Narvéz es un libro que merece leerse y re-leerse.

¡Hay que comprarlo, señores! De venta en todas las librerías al precio de dos pesetas.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Muebles moderno estilo! Visítad la gran Exposición de **A. VALLEJO, Alcalá, 17.** ¡Allí veréis arte y elegancia!

Para ahogar las penas no hay medicina mejor que una botella de **Anís del Mono. U** dos.

Consejo á los padres de familia: ¡Asegurad la vida en **La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13!**



EL MAS FINO, EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, **15 céntimos.**

De venta en todos los estancos de España.

Depósito: Arco de Santa María, 23.

PAPEL PARA FUMAR

marca **REPÚBLICA ESPAÑOLA**

Esmerada y pura fabricación Alcoyana.

De venta en todos los estancos de España.

Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de **DON QUIJOTE**, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETaña

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Mar. o, San Hermenegildo, 32 duplicado.